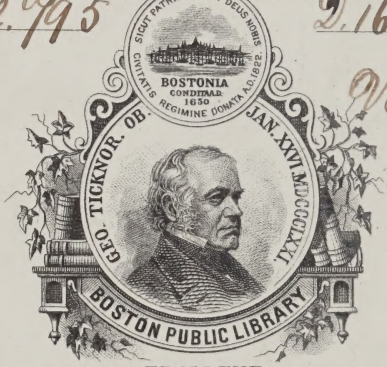
Accessions 192.795

Shelf No. 2.160.57

Vol 2



FROM THE

Ticknor Fund.

Recd. Feb. 15, 1876

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

https://archive.org/details/poesiasdedonjose02zorr

POESÍAS

DE

D. José Zorrilla.

Madrid: 1837.

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON

D.160
.57
vol. 2

Inst

192.795

Feb. 15/76

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

Páginas.

El Dia sin Sol. 1
Á una Tórtola. 21
La Torre de Fuensaldaña. 30
La Duda. 40
Para verdades el tiempo y para justicias Dios. 45
La Vírgen al pie de la Cruz. 70
Napoleon. 82
La sorpresa de Zahara. 89
Á los individuos artistas del Liceo. . . 114
El Amor y el Agua. 121
Á la muerte de***. 127
La Orgia. 132
El canto de los Piratas. 137
Oriental. 139
La Plegaria. 143
La Juventud. 146
La Amapola. 152
La noche y la inspiracion. 155
Un recuerdo del Arlanza. 169
Á buen juez mejor testigo. 179

A mis Amigos

DON JUAN DONOSO CORTÉS

Y

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instantancias, no fue otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos

que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reía; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazon.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creido que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua

cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernan Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavío, y sin seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto

puede ser muy perjudicial; pero yo pienso asi, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos mios, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los mios, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, sino os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid 15 de Junio de 1838.

ADVERTENCIAS.

POESIAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

El Dia sin Sol.

Dies iræ, dies illa
Solvet seclum in favilla.

Introduccion.

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fue preciso,
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraiso.—
Agil de miembros, la cerviz herguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.
Hechos para el deleite sus sentidos
Vieron los ojos luz, gustó la boca,

Olió el olfato, oyeron los oidos,
Todo es placer cuanto pasando toca.
La yerba perfumada en la colina
Dióle un lecho do yace blandamente,
Y derramóse en torno cristalina
Deshecha en perlas la sonora fuente.
Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcísima armonía
Desde el follage vasto y opulento
Que facil teje la alameda umbría.
Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.
Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.
Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una muger bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.
Era la hermosa de gentil talante
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.
Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la megilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbio el sol en competencia brilla.
Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adan al despertar serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.
El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.
"—¡Alma mia, mi amor, paloma mia...!"
El hombre sollozando murmuraba;
Ella muerta de amor le sonreía,
Y él muriendo de amor la enamoraba.
Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.
Tú, rojo Sol, entonces si los viste
¿Por qué amantes y solos les dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?
¡Ay cuánto ahorráras de miseria y llanto
Del hombre flaco á los mortales ojos,
Cuánto miedo á los ángeles, y cuánto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un arbol no mas en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.
Yacía Adan en brazos de su amada,
Y Eva miraba el prohibido fruto;
Al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.
"¿No comerás, le dijo la serpiente,

»Criatura de origen soberano?
»Pudieras como Dios onmipotente
»Otro mundo crear de polvo vano.
»No comerás, y quedarás sujeta
»Al privilegio inútil de su hechura,
»Quedará el alma entre su nada quieta,
»Y á tí te llamarán la criatura."
Sintió el orgullo la muger curiosa
Que brotaba en carmin á la megilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.
Aplicóla á los labios, y callaron
Árboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.
Rugió el leon crespando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena,
El toro levantó ronco mugido.
Huyeron azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
El fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en los ejes de diamante.
Despertó el triste Adan absorto y mudo
Al desusado y bronco clamoreo,
Y avergonzado se miró desnudo
La carne henchida de brutal deseo.
Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel de los peñascos,
Y buscar sus guaridas socabadas
De las montañas en los hondos cascos.
Hirióle el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas

De frias nubes torba muchedumbre.
  Y sintió que perdia de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el paraiso
El nuevo torcedor de la conciencia.
  Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.
  ¡Adan! esclamó Dios llamando al hombre,
Y el eco en las montañas respondia;
¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvia.
  ¿Do estaba Adan? Llorando prosternado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo – ¡Yo he pecado!
Respondia á la voz que le llamaba.
  ¡Adan! gritó el Señor, "cuenta tus horas,
»Porque vendrá una hora en que te veas
»Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
»Y hasta entonces, Adan, ¡maldito seas!"

I.

"—Naciste, Adan, en el polvo
»Y en el polvo morirás,
»Tú, y tus hijos, y tu raza,
»Y cuantos hombres serán.
»Sudareis sobre la tierra
»Los hijos por sustentar,
»Mientras los hijos rebeldes
»Con sus padres lidiarán.
»La tierra brotará espinas,
»El tiempo ahogará la paz,
»Y sin número los hombres
»Á su Dios olvidarán.
»Entonces hambres y pestes,
»Y de miserias un mar
»Acosará el impío mundo
»Sin descanso ni solaz.
»Y habrá ejércitos y buques
»Que agua y tierra infestarán,
»Y habrá esclavos y habrá reyes,
»Y pueblos, y sociedad.
»Y habrá amor, y habrá amistades
»Que en vez de consuelos dar
»Os darán con dulces nombres
»Amargas horas de afan.
»Y habrá el corazon pasiones

»Á cuyo impulso fatal
»Hermano robará á hermano
»Cuanto bien pudo alcanzar.
»Será la muger voluble,
»Será el hombre desleal,
»Y amor tornaráse en zelos
»Y en envidia la amistad.—
»Y en raza de un mismo origen,
»Todos con derecho igual,
»El poder será la fuerza
»Y el miedo la autoridad.—
»Nacerán conquistadores
»Las tierras á deslindar,
»Y donde uno puso un trono
»Otro un cadalso pondrá.—
»Pero *YO*, que os hice en polvo
»Y en polvo os he de tornar,
»Haré un dia de justicias
»Para todos por igual:
»Haré un infierno y un cielo
»Y una inmensa eternidad
»En que grandes y pequeños
»Confundidos entrarán."
Dijo asi Dios reduciendo
Los tiempos á cantidad,
Cuando dió al primer nacido
El triste apodo de *Adan*.—

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante trhonum.

II.

Ancho panteon de gente condenada
Condenado á morir como su gente
Caerá el mundo en el pozo de la nada
Rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mustia y doliente
Roto el dogal que al polvo la sujeta
Al vivo son de la final trompeta.
Ya para entonces el tremendo dia
Del daño universal será cumplido;
El sol que del oriente nos venia
Apagada su luz habrá caido;
La luna que flotando se mecía
En el azul del cielo adormecido
Seguirá al fin sus moribundas huellas
Llevando en pós las lánguidas estrellas.
Y la tierra sin sol que la fecunde
Seca no brotará yerba ni flores,
Y harán que reventado el mar la inunde
Los temporales de la mar señores,
Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un dia desplegó primores,

La tierra que de césped se matiza
Campo será de pálida ceniza.
  En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos
Al juicio de su Dios, aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;
Y á trechos en montones apilados
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos remplazando enjutos
Templos, palacios, árboles y frutos.
  No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmullo el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino
Repetirá lejano algun acento;
Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas
Sin aurora ni noche las tinieblas.
  No habrá en este pantano *dentro* y *fuera*,
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;
Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
Á tornar al origen de su nada.
  Las almas lo verán mudas de asombro
Los cuerpos á buscar en que vivieron
Cuando á través del cenagoso escombro
Vayan tras el lugar do los perdieron:
Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
La carne vestirán con que nacieron
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar á otra existencia

Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

Yudex ergo cum sedebit
Quidquid latet aparebit,
Nihil inultum remanebit.

III.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esencion,
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remision.
Será con todos igual
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.
En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.
Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá.
Alli irán los que altaneros
Á los pueblos dieron leyes
Á acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros
Y sin corona los reyes.

Alli irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel dia
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fue villano.
Irá el pálido mendigo
En pós del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando el pan y abrigo
De su alcázar opulento.
Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.
Irá el pérfido galan
Tras las vendidas mugeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afan
Las horas de sus placeres.
Irá el señor sin piedad,
É irán los siervos tras él
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.
Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán alli sus señores
Como aqui lo fueron ellos.
Irá la falsa muger
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer

Al disoluto amador.—
  Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafio;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.
  ¡Que el dia de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,
Y no mas que vanidad
El fantasma del honor!—
  Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La horfandad y la viudez.
  Irán los monges carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas.—
  Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrílego son,
Con los besos que vertieron
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazon;
  Alli arderán en tal lumbre
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fue pesadumbre
Bajar á la podredumbre
De su pecho criminal.—
  Y alli iremos los cantores
Falsas flores del Edem
Que en vez de santos loores

Cantamos himnos de amores
Á las puertas de un harem.
Alli del liviano mundo
Habrá fin la imbécil farsa;
Todos en monton inmundo
Sin primero, ni segundo,
Iremos en la comparsa. —
¿Qué será ver hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?
¿Qué será ver al tirano
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?
¿Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambicion
Pusieron la religion
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca esplicacion? —
¡Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,
De distintos caractéres,
Y de distintos placeres,
Y distintas religiones?
Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de Oriente voluptuosos,
Los fecundos en colosos
De Menfis y Babilonia!
Los de los anchos desiertos
Avezados al pillage

De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvage! —
  Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma! —
  ¡Todos muertos é inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternales
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez! —

  É irán las tiernas almas
De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pie del trono espléndido
Del santo de Israel.
Sus ángeles hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magníficas
y almohadas y dosel. —
  La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente
Seráles blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.

Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
Á la acordada música
Del prometido Edem.—
É irán las no tocadas
Castísimas mugeres
Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor;
Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura,
Y en dulces cantilenas
Loando en sol angélico
al eternal amor.—
Y todas tan hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas cándidas
De paz y de placer.—
Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cria,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la muger.
¿Y qué será en tal hora
De duelos y de enojos
Su calma encantadora,
Y de sus bellos ojos

Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?
¿Y qué será en sus labios
Su sonreir de amores,
Cuando grandes, y sabios,
Y reyes, y señores,
El dia verán trémulos
Sin tinieblas ni sol!

IV.

¡Y qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?
¿Qué será de la hermosa á quien un dia
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebia,
Y en cuyos labios el amor gozamos?
¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
Su secreto de amor la sorprendimos?
¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?
Acaso el corazon le desgarraba
El peligro fatal del que dormia,
Y su afan compasivo nos callaba
Doblando su silencio su agonía.
¡Ay! qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?
Cuando se abran las puertas eternales
Al eterno gozar del paráiso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
Á que tambien nacieron destinados!
¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansion
Ir al compas escuchando
De las harpas de Sion,
Eternamente gozando,
Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,
Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!
Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera

Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedará;
¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
Á guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, harpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:
Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.
Y déjale que delire
Con el cielo al corazon,
Y déjale que suspire,
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religion.
Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA.

A una Tórtola.

Porque al fin la vida es sueño.
CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
¿Es tu canto una plegaria,
Ó es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en tí â tu despecho
Sonando alegre en tu oido,
Ó es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?
Triste pájaro, ¡lo sé...!
Por eso en ocultas ramas

Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.
Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.
Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del dia,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.
Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
Á los jardines cercano.
Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgeos suaves,
Tú que llorar solo sabes
Vives en la soledad.
Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña;
Porque alli despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.
Porque alli el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido son remeda
Tú monótono gemido.
Porque alli el césped salvaje

Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tosco encaje.
  Y á fé á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.
  Y los amorosos duelos
Son males antojadizos,
Que se quejan á los cielos
Y no admiten mas consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.
  Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar
Le volvemos á querer.
  Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu ronco canto
El compas de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Llorarás tu gozo en ella.
  Y si es cierto que asi en pós
De tu cancion va tu queja,
¡Ay, tórtola! vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos.
  Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Cuando mi voz se levanta
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mio iguale.
Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.
Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados;
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.
Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el harpa tomé
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños vi!
Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.
Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
Á tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á tí;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oir:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye asi,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

El mundo ceñido
Del aire sutil,
Vestido de flores
Con rico tapiz,
Tocado con ancho
Dosel de zafir,
Prendido con nubes
Que el alto zenit
Circundan de nieblas
De azul y carmin;
Sembrado de estrellas
Que el turbio confin
Tachonan brillantes
En montones mil
Con pálidas perlas
Y rojos rubís,
Nos miente sin duda
Vistoso jardin,
Convida á cantarle
Mirándole asi.
Mas si esos hechizos
Y gayo matiz
Caminos son solo
Que llevan al fin
De breves placeres,
Y el fin es morir;
Si el que llora ó canta
Concluyen alli,
Si el triste se mofa
Del rico y feliz
É insulta el alegre
Del triste el sufrir,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,

A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vemos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los estremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos rie la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcancen tanto duelo,
Sordos aun traemos los oidos
Porque no escuchen el clamor del suelo,
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánima falte ese consuelo,
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,
Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
Á su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusion de sueños seductores,

Que roër esperanzas pasageras
En este valle de ponzoña y flores,
Donde aguardando dichas venideras
Lloramos sobre el pan de los dolores,
Donde al buscar el necesario aliento
Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
Dorados en la loca fantasía,
Al ánima dormida son iguales:
El desdichado canta su agonía,
Y lamenta el feliz bienes mortales,
Mas ninguno en perderlos se holgaría,
Que son dulces los bienes lamentados,
Y los males lo son desesperados.

Si tan bellos son los bienes
Soñados como los males,
Ya, tórtola, no me afligen
Tus melancólicos ayes,
Que á tí te dieron lamentos
En vez de alegres cantares,
Y tú cantando le cuentas
Tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
Los mismos consuelos traen,
Que á la par nos adormecen
Las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
Con tan lúgubres compases,
Porque tus duelos son gozos
Con el placer de contarles;

Yo al mundo canto mis cuitas,
Porque cuando otros las saben
El placer de que las sepan
Dichas de mis penas hacen.
Y asi cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con estravíos tamaños,
Con inconsecuencias tales
No hacemos mas que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado Diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendidura.
Ardía en el salon envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.
De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brota á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreon de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.
Alli en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.
Alli al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algun amigo.
Alli sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimiento colosal serenas.
Á veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en sus bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.
Á veces nuestras báquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sones
Sordo zumbando en callejon estrecho.
Otras en melancólica armonía
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas herizadas
Al sacudir la destocada frente

Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.
Ó en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.
Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crugian los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.
Y en contínuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.
Le oíamos rodar embrabecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musco arrebatar pasando.
Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.
Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas meciéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.
Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.
Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaba
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.
Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.
De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.
Bullian en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenia apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.
Entonces á la sombra cobijados,
Los pies á par de la espirante lumbre,
Cedian nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.
Y á cada chispa del tizon postrero,
Á cada empuge del turbion errante,
Á cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,
Volvíamos el gesto recelosos
En derredor del descompuesto fuego
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.
Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa
De volubles contornos revestida
De cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto
Delirando festines y batallas

Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.
Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de Silfide liviana.
Poco á poco deshechas las visiones
Soñábamos con sombras infinitas,
Donde se oían apagados sones
De invisibles orquestas esquisitas.
Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente
Íbanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecian,
Y en un salon sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormian.

II.

Y era grato al son del viento
Abrir el párpado al dia,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla

Sobre los campos posada
Interceptando el mirar;
Y oir la ráfaga inquieta
Que al vendabal sustituye
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir,
En escombros convertidas
Musgo y tintas con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
En vez de ricos tapices
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros
Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta
La presa que vuela en torno
Vigilante, astuta y quieta
Á que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
Hallar de rincon ruinoso
El rastro de un hormiguero
Que en el verano pasó:
Que en el foso nació acaso,
Mas no contento en el suelo
Con irreverente paso
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
De la torre de Saldaña
De sus techos y salones
La mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
Tú que indiferente escribes
Sobre cráneos y paredes
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
Hoy trojes de rico hidalgo,
Y en sus salones oscuros
Ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
Cual si de ellos dueño fuera,
Y sus tablas y despojos
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
Ni su nombre y dueño antiguos...
Y para insultos tamaños
¿Quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, ó un loco
Que divertido en sus penas
Curaba entonces muy poco
De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
Á la lumbre de mi hoguera
En tanto bramaba el viento
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el dia
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elegí.

Luchaba el sol afanado
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salon.
El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudia
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecia
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquitraves
Su misterioso mohin:
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramóse en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas,
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
Á contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó alli.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña
Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ay de hombre mezquino!
¿Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros pies!

LA DUDA. (1)

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora
Mas que á cantar sus cantares

---

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Su llanto á llorar provoca.
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mias
Á mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que llorar osa,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardin de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola;
Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan,
Y las bellas que le pisan,
Cuantas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas
Que antes que el canto se agote
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Pluguiera que en vez de versos
Mi pluma brotara rosas,
Porque al menos con las flores

Se pueden tejer coronas.
Pero á par de los cipreses
Si nacen flores se agostan,
Y donde los muertos hablan
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Que *vos* mereceis los versos
Nadie en la villa lo ignora,
Y es tan claro por sabido
Que hasta dudarlo es lisonja.
Que *él* la memoria merece
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y asi entre ambos dividida
La imaginacion dudosa
Los versos son para *vos*
Si le prestais la memoria:
Lo que en *vos* merece el sexo
En *él* merece la sombra,
Y lo que en *vos* la hermosura
En *él* la tumba lo abona.

Justo es con los dos hablando
Duden el *muerto* y la *hermosa*
Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.

PARA VERDADES EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

Tradicion.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento,
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y maneros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,

Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,
Ojo inquieto, torbas cejas,
Ambas megillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.
Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.
Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De son de temeridad.
Agil, astuto, ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho mas que á su valor.
Presentóse ha pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.
Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fue con las mugeres
Mas falso que caballero.
Hoy pasa pobre y oscuro
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
Que vive de mal vivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuáles, ó de qué modos.
Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Menos rígida en verdad.
Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasía,
Mozo de mas cortesía
Y mas bizarro talante.
De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados.
Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto en gesto en tal manera
Que cuando cede perdona.
Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela mas de galan
Por su noble condicion.
Que no hay en Madrid muger
Que un agravio recibiera
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.
Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.
Tales son Ruiz y Medina,
De quienes por concluir

Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.
Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.
Ámala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.
Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.
Que es tan dulce su mirar
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.
Y es tan flexible su acento
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oirle
Con los labios el aliento.
Medina, que fue soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,
Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.
"Eso sí, ¡por San Millan!"
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazon
Á cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreían,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que segun iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve dónde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
"Nos casaremos mañana."
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una tercia
Echóla un voto de á vara.

Asi dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.
Fue á la mesa, y preguntando
Á Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
"Cuando acabes, dos palabras."
Recogió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: "¿Qué pasa?"
"Me caso," dijo Medina.
Miróle Juan á la cara,
Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
—"¿Qué piensas?" preguntó Pedro.
—"En tí y tu muger pensaba,"
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada.
—"¿Supondrás que es Catalina?"
—"Y lo siento con el alma."
—"¡Cómo!" —"Porque tengo zelos."
—"¡Por San Millan!!" —"Yo la amaba."
—"¿Y ella?" —"Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme..." —"¡Acaba!"
—"Para decirla mi amor
Escribirla hoy una carta."

Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve

Negocio que aflije y cansa
Pidió papel y tintero
Diciendo á Juan: —"¡Por mi alma
»Que en mi vida en tal apuro
»Vacilar tanto pensaba;
»Y á no serte tú quien eres
»Metiéralo á cuchilladas,
»Pero escribe, y que responda
»Á cuál de nosotros mata."
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
—"Echemos, dijo, los dados
»Y al que la mayor le caiga
»Si es á mí la escribo al punto,
»Si es á tí, Pedro, te casas."
Tiró Juan y sacó nueve;
Y asiendo el vaso con rabia
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba
Parten la calle en silencio
Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mi pensar los zelos
Delirio, pasion, ó mal,
Á cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.
Á manos de tal pasion
El mas cuerdo desespera,
Pues quien con zelos espera
Atropella su razon.
Si con zelos esperar
Es importuna porfia,
Ceder zeloso en un dia
Cuanto se amó, no es amar.
De zelos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son zelos tan de temer
Cuánto duros de sufrir.
Y asi con zelos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con zelos ceder
Es igual que delirar.
Y si otro favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor nó.
Porque en quien goza favor
Sobra tal vez confianza,
Y zelos sin esperanza
Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos
Aun es suerte mas cruel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.
Y asi pienso que son zelos
Delirio, pasion, ó mal,
Á cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.
Por eso llora Juan Ruiz
Zeloso y desesperado
El bien que Pedro ha ganado
Mas galan ó mas feliz.
Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin mirar que no está en ellos
Su amante fatalidad.
¡Oh! ¡que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da zelos
Entróle ayer por los ojos.
"¿Y por qué no me atreví?"
Clama el triste en su afliccion,
"¡Y hoy acaso esta pasion
»Pudiera arrancar de mí!
»Mas volveré, ¡vive Dios!
»¿Pero qué he de conseguir
»Si la he dejado elegir
»Marido de entre los dos?"
Y á su despecho tornando
Semejábase en su afan
Una fiera á quien estan
Dentro la jaula acosando.
Sin darse el triste solaz
Cruzaba el cuarto sin tino,

Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.
  Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pie violento
El pavimento ruinoso.
  Iba adelante y atras
Sin reflexion que le acuda,
Á la par pidiendo ayuda
Á Cristo y á Satanás.
  Túvose un momento al fin,
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.
  Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió,
En esto dobló un reló
En una torre las diez.
  Entonces quedando fijo
Esclamó en la oscuridad:
"Hoy se casan, es verdad,
»Hace un mes que me lo dijo."
  Ciñó con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la aventura
La vuelta del matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.
Un balcon abierto á medias
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso son.
Se oye el compas fugitivo
Que llevan con pie veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el Sol.
Alli con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello
Que exhala fragante olor;

La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturon,
De donde baja en mil pliegues
Un encage en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro la regaló,
Lleva en una cruz de oro
La imagen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y asi anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazon.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entonces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su son,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion;
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos

Mas bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida
Á merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazon.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,
Húmedos los negros ojos
Con tiernísima aficion.
Él diciéndola — ¡alma mia!
Diciéndole ella — ¡mi sol!
Entre el son de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusion.
Y al angustiado lamento
De uno que grita: — "¡Favor!
»¡Ayudadme, que me matan!"
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
Amedrentada al balcon
Llamando á Pedro afanosa
De algun daño por temor.
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó,

Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partia el corazon,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincon,
Hácia una imagen de Cristo
De quien devoto vivió,
Dijo espirando:—"Soy muerto.
»¡Acorredme, Santo Dios!"
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
Y diciendo en ronco son
"¡Maldita sea mi alma!"
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron asi los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mugeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entonces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez mas se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.

Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pendencias mas de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas, y dias,
Noches, semanas, y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
Á padrinos y parientes
Diciendo: — Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
Á la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algun viviente
Á través de la reserva
Y el mieterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,
Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente,

Y el talisman de la risa
Á sus labios transparentes;
Y salió ufana diciendo
Á cuantos por verla vienen
Que la vida con que vive
Solo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretesto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
Á decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienes,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le seguiese.
En estas conversaciones
Cada vez menos frecuentes
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afan y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un dia y otro dia,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galan,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera:
"Puesto que es muerto Medina,
»(¡Dios en su gloria le tenga!)
»Y por siete años cumplidos
»Mi fé le he guardado entera,
»Y él ha visto nuestro amor
»Allá de la vida eterna,
»Os daré, Juan Ruiz, mi mano
»Y mi corazon con ella.

»Amigo de Pedro fuisteis,
»Y yo os debo la existencia,
»Con que es justo, á mi entender,
»Os cobreis entrambas deudas."
Púsose Juan Ruiz de hinojos
Á los pies de la doncella,
Y asiéndola las dos manos
Humildemente las besa.
Acordáronse las bodas,
Mas Catalina aconseja
Que sean cuando él quisiese,
Pero que sin ruido sean.
Las malas mañas ó antojos
Ó tarde ó nunca se dejan,
Y Juan en su mocedad
Gustó de bulla y de fiesta.
Asi aunque pocos convida
Para que á las bodas vengan,
Buscó unos cuantos amigos
Que le alegraran la mesa.
Trajo vinos los mejores,
Y viandas las mas frescas,
Y apuntó por hora fija
De noche las diez y media.
Gustaba Juan sobre todo
De cabezas de ternera,
Y asábalas con tal maña
Que á cualquier gusto plugnieran.
Gozaba en esto gran nombre
Entre la gente plebeya,
De tal modo que le daban
El apodo de *cabezas*.
Ocurrióle á media tarde
Darse á luz con tal destreza

Y embozándose en la capa
Salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
En el rastro una becerra,
Compró el testuz y cubrióle
Asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
Y contento con la presa
De la calle en que vivia
Tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
Dejando en pós roja huella
Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras.
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca.
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincon embutida
Á la luz de una linterna
De Cristo crucificado
Se ve la imagen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.

—"¡Fuera el embozo! gritaron:
»Muestre á la luz lo que lleva."
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas
Á una memoria terrible
Cuanta sangre hervia en ellas.
—"¡Fuera el embozo! repiten,"
Y él acongojado tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea.
Deshiciéronle el embozo,
Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
—"¡Acorredme, Santo Dios!"
Grita aterrado y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
"¡Yo le maté! clamó entonces,
»Hoy ha siete años, por ella."
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y asi fue que aquella noche
De sangrienta confusion,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor.
Como un iman á una aguja
Arrastra constante en pós,
Como una serpiente á un pájaro,
Á una paloma un halcon,
Entorpecen y fascinan
Sin que ala ni pie veloz
Para huirle les acudan;
Á impulsos de su pasion
Anduvo asi Juan vagando
De la fiesta en derredor.
Y oía por las ventanas
De danza el confuso son,
Y via cruzar las sombras
Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
Asi lloraba acosado
De sus zelos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor:

Cerróse en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razon,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En ésto acudió Medina,
Y Catalina al balcon
De la suerte recelando
Acelerada salió.
Mas al ver cuál afanosa
Curaba ella de otro amor
Cegaron á Ruiz los zelos,
El despecho le embriagó;
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol
Matóle á la faz del Cristo
Como villano á traicion.
De entonces, en los siete años,
Despues del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasion
De mostrar que hay infalibles
Tribunales solo dos
De irrevocable sentencia
Sin cotos ni apelacion.
Para verdades el TIEMPO
Y para justicias DIOS.

La Virgen al pie de la Cruz.

Stabat Mater dolorosa
Justa crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
Su lumbre en opacas nieblas,
Y crespon de tanto duelo
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.
Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.
Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.
Ni una brisa, ni un gemido
El aire pesado encierra,

Que doliente y abatido
Yace sin fuerzas tendido
Las alas contra la tierra.
  Grupos de nubes impuras
En la alta region inmobles
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinages dobles.
  Ráfaga de luz sangrienta
El negro ambiente cruzando
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida ó calenturienta.
  La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la yerba pajiza
Sostiene la raiz hueca
Campo estéril de ceniza.
  Y del desierto á la entrada
En torpe paso el Jordan
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada
Sin ruido las ondas van.
  Y en los anchos arenales,
Por donde las ondas crecen,
Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.
  Todo entre sombras callaba;
El mundo en reposo inerme
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.
  Víanse al lejos enhiestas

Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.
Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas
Los esqueletos agudos
Sacaron de asombro mudos
Las calaveras medrosas.
Ninguno osó preguntar
Lo que era triste saber,
Ninguno acertó á dudar
Lo que salió á contemplar,
Y alcanzó temblando á ver.
Alli Adan el pecador
Asomó el gesto confuso
Mirando en su derredor;
De rodillas de pavor
Sobre la piedra se puso.
— ¿Es esa mi raza...? dijo
Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
Á su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.
Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él tambien
Los otros yertos despojos
Volvieron hácia Salen
Los sin luz cóncavos ojos.
Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad;
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso
Levantado detras de ella
Entre ufano y vergonzoso
Con un suplicio horroroso
Rota la frente descuella.
Estaba en honda agonía
Al pie de la cruz llorosa
La Madre Vírgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.
Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
De ambos pies y de ambas manos,
Que cayeran divididas
Á no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.
Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre
Avaro el viento la orea.
Allí por tierra postrada
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebia.
Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
Á su Dios muerto lloraba

Al pie del santo madero.
—¡Ella llora, y yo pequé...!
Madre amorosa, perdon,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creacion!
Yo le robé de tus brazos
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.
No humana, de tigres fue;
Que si te vieron acaso,
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pie.
¡Tú hollada, Vírgen, asi...?
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el angel tu sombra
Si pasa cerca de tí!
¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada

Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!
¡Tú llorando, Madre mia,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataria,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero dia!
¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz?
¡Oh Madre, por tal quebranto
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad mas dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.
Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mugeres
El mal del amor.
Reía y cantaba
Un dia, otro dia,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.
El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
Á impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba
Del cenit colgaba
Su turbio farol.
La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Fingí delirante
Del mundo un jardin,
Creí que los dias
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serian sin fin.
Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un dia
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postréme y lloré.
El templo era oscuro:
Vestidos pilares

Se vían, y altares
De negro crespon;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento
Mentía un lamento
De lúgubre son.
La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decia:
"¡Y quién pesaria
»Tamaño dolor!
»El Hijo pendiente
»De cruz afrentosa,
»La Madre amorosa
»Llorándole al pie..."
El llanto anudóme
Oido y garganta,
Con lástima tanta
Postréme y lloré.
La voz conmovida
Seguía clamando,
El viento zumbando
Seguía á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.
Mi madre á sus pechos
Mi pecho oprimiendo
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;

Y yo, Santa Vírgen,
En son de querella
No sé si por ella
Lloraba, ó por tí.
  Tu imagen estaba
Doliente á mis ojos:
Mi madre de hinojos
Oraba á tus pies:
Por quién lloró entonces
Mi pecho afligido
Ya nunca he podido
Saberlo despues.
  Mi madre tan jóven,
Tan bella y penada!
Mi madre adorada
Llorando tambien!
Perdon ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.
  Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazon;
El niño creía
Y oró al crucifijo...
El niño era hijo
Y ahogó su oracion.
  Ha poco en mis horas
de cuita y de duelo
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fé solitaria,

Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.
Que yo tambien lloro
Mundanos pesares,
Tambien tengo altares,
Y fé y religion:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente
Del alma doliente
La máscara son.
¡Ay triste! olvidado
No hallé en mi abandono
Mas luz que tu trono,
Mas paz que tu amor;
Y ciego, y perdido
Sin lumbre y sin guia,
Á tí te pedia
Llorando favor.
Á tí que llorabas
El dia tremendo
Que viste muriendo
Al Dios de la luz:
¡Oh Madre! que el dia
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pie de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano;

Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á tí del arpa loca,
Y los himnos que mi boca
Sacrílega murmuró;
Tiende los divinos ojos
¡oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta
Mas débil la torpe planta
Se acerca á su nada mas.
Acuérdate, Madre Vírgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por tí la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un dia en que escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.
Olvídate que insensato
Sin curar de tus dolores
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al son;
Acuérdate que nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazon.
Acuérdate, Madre mia,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus pies acudo
Mi nada al reconocer.

Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.
  Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo dia
De justicias y de espanto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pie de la santa cruz.

Napoleon.

«No hay mas que yo; doblégnense las leyes
»Ante la ronca voz de mis legiones:
»Romperé el áureo cetro de los reyes
»En su espantada frente á las naciones.»

DON JUAN DONOSO CORTÉS.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron,
Cuando grandes los dos se concibieron
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pie del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre al ver desde tan alto asiento
Esta es, dijo, *la cifra de mi nombre.*
De sus cañones el discorde arrullo
Su altivo ser le trajo á la memoria.
"Aqui debí nacer," — dijo su orgullo,
"Aqui debo morir," — dijo su gloria.

Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
"¿Quien alli su bandera no enarbole
»Una oruga no mas será en el suelo.
»No valen cien coronas una estrella,
»Ni valemos un sol todos los reyes,
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»El sol alumbra y queman nuestras leyes."
Unos grandes alli su tumba abrieron,
É intentarlo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era solo á sus pies tender la frente.
Alli depositaron sus despojos
Por guardarlos asi de ojos humanos
Porque al mirar su tumba humanos ojos
Se creyeran imbéciles ó enanos.
¡*Aqui está Napoleon*! dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.
Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmoble á Napoleon tornaron:
¡*Aqui está Napoleon*! y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.
Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos
Para oirle, y cayeron macilentas
Á su tremenda voz todas de hinojos.
Contó los esqueletos transparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas, ó señores.
Y no encontrando á su grandeza leyes
Gritó hiriendo los huesos con la planta:

"*Yo soy emperador, ¡fuera los reyes!*"
Y su vibrante voz la turba espanta.
Revolvió entonces la imperial mirada...
Nada en el ancho cóncavo vivia.
Solo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oía.
Grabó su nombre colosal en ellas
Sello gigante de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas
Libro fuera el desierto de su historia.
Salió del corpulento cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados:
"*Napoleon vino á visitar su imperio.*"
Y en el desierto entró con sus soldados.
Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pie tranquilo,
Y allá á lo lejos saludarle oyeron
Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
Que el tiempo al plegar las alas
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga.
Las moles alli quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del angel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa

Como ataud y montaña;
Y él duerme al pie de una roca
Entre las ondas amargas
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas:
Porque la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora?
¿Quién de los dos es la página,
Las moles de aquel desierto,
Ó el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios
Sin antorchas y sin guardas
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grandeza,
Ni noticias de su fama.

"¡Aquí está Napoleon!" dice su nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmó aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
Á que el destino su destino amarra,
Y viéndose leon alzó la frente
Mostrado al mundo la robusta garra.
El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pie le ató altanero:
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.
Numeró sus millones de soldados
Y trepó vencedor á la montaña:
Contó alli nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.
Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galan mancebo,
Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.
De este jardin que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compas los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.
Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pie de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.
Donde el ardiente sol que nos da el dia
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daria
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.
Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,

Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.
Pirámide mas dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aqui doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.
No tiene, no, el leon de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡¡Paz al coloso!! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Solo quien te rindió fue *la fortuna*.
Tú bien sabias que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,
Quien alli su bandera no enarbole
Una oruga y no mas será en el suelo.
Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.
Dijiste: "*Soy el grande de la tierra*,
» *No tengo en ella ya digno enemigo.*"
Grande mi patria te llamó á la guerra,
Porque eras grande tú, lidió contigo.

La sorpresa de Zahara.

ROMANCE DE 1481.

I.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.
Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.
Y al bajar al Occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.
Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendon flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.
Alli los moros pusieron
Sus atalayas un dia;
Un foso despues abrieron,

Y la villa concluyeron
Porque el invierno venia.
  Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos estraños
Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.
  Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.
  Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientra ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.
  Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brio de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cogieron descuidados.
  Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobre puestos blasones
De Aragon y de Castilla.
  Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.
  Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,

Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.
Por eso una sola senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mas facil se atienda
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.
Por eso estan los cristianos
Malamente entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.
Que osados y licenciosos
Son ademas los soldados
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados.
Pero avaros de venganza
Mas advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en holganza
Jugaban zambras y toros.
"De mas á esos perros ya
»La villa estuvo sujeta,"
Dijeron; "vamos allá,
»Que por nosotros está
»La voluntad del profeta."
Misteriosa espedicion
Propusieron á tal fin;
Y para aquesta ocasion
Dieron gentes en union
La Alambra y el Albaicin.
Salió el viejo rey Hazém

Con gente muy escogida,
Y dicen los que le ven:
"— Alá te lleve con bien
»Y vuelvas con honra y vida."
Saludóles al pasar
El musulman con la mano,
Diciendo el arco al cruzar:
"— Le tengo de festonar
»Con cabezas de cristiano."

La tarde estaba nublada,
El viento ronco mugía
Y gruesa lluvia pesada
La noche apenas entrada
En anchas gotas caía.
Veló medrosa la faz
La luna entre nubes pardas,
Y brilló en la oscuridad
El relámpago fugaz
En broqueles y alabardas.
Caidos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas en los almetes,
Caminaban los ginetes
El lodo hasta las espuelas.
Mohino el rey por demas
Iba escuchando el rumor
De los pasos á compas,
Despues iba un atambor

Y los soldados detras.
  Iban entre los peones
En vez de picos y palas
Y estrepitosos cañones,
Muchos moros con escalas
Para entrar los torreones.
  La luz del siguiente dia
Apenas cumplida fue,
Ya Zahara se descubria;
Llegó la noche sombría
Y la tocaron al pie.
  Contó el rey cuidosamente
Las hogueras y señales,
Consultando diligente
Sus espías y su gente
Partió en dos bandas iguales.
  Guardando el cerro dejó
Los ginetes y escuderos;
Y él mismo despues trepó
Con algunos caballeros
Y soldados que tomó.
  Seguía la tempestad,
Zumbaba agitado el viento
Rodando en la oscuridad
Y azotando la ciudad
Con temeroso concento.
  Se oía caer bramando
La lluvia de las montañas
De peña en peña chocando,
Á la llanura arrastrando
Espinos, olmos y cañas.
  Y en el alto torreon
Aturdido el centinela
Murmuró humilde oracion,

Acurrucado al rincon
De la covacha en que vela.
  Y al calor de su gaban
Con el monótono arrullo
Que alli las aguas le dan,
Durmió rendido su afan
Oyendo el vago murmullo.
  Soltó la lanza su mano,
Fijó el rostro en la rodilla,
Y asi soñó el veterano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

II.

Es grato en el blando lecho
Oir el viento que brama,
Y el agua que se derrama
Sobre los techos rodar,
Oir en la estrecha calle
El rumor acelerado
De las armas del soldado
Que acaban de relevar.
Y en confuso remolino
Oir crecer la tormenta
Que cambia al pasar violenta
Las veletas del metal.
Y oir zumbar sacudida
La mal sujeta campana,
Y oir en la ancha ventana
Temblar hendido el cristal.
El desvelado maldice,
El tímido infante llora,
La madre le mece y ora
Con religioso pavor:
El enfermo se acongoja
Y el amante desespera,
Que acaso vela y le espera
Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos
Ó veleban ó dormian:
Solo en la villa se oían
En la densa oscuridad
El agua de las goteras,
El vago mugir del viento
Y el ronco y medroso acento
De la negra tempestad.
Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.
Se sienten sus carcajadas,
Sus apodos insolentes,
Que en todo hallan tales gentes
Contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.
Y en el calor de las orgias
Y el vapor de los licores
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Que su lengua irreligiosa
Sin respetos y sin vallas
Solo de sangre y batallas
Ó mugeres ha de hablar.
De estas se miran algunas
Con los soldados mas mozos

En impúdicos retozos
Y deshonesto ademan,
Que osadas y descompuestas
Ó blasfemando ó riñendo
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas estan.
La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco
Remeda con largo eco
La desentonada voz.
Harto de vino y de amores
En dos bancos apoyado
Cantaba un viejo soldado
Al son de un roto rabel,
É hiriendo á compas la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Ahullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.
Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reían y danzaban
Completando la embriaguez;
Y sus sombras en silencio
Jigantescas agitadas
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.
—"¡Á ellos!"—gritaron voces,
Y entraron el aposento
Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazém,

Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas tambien.
Lidiaron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
Á los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!
La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
Á las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos
Por los árabes se vieron,
Á quienes con lengua y ojos
Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.
Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Los arrastran á la vez.
En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel la dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,

En tropel como ganados
Todos á los hierros van.
  Fueron por Dios tristes horas
Las de noche tan sangrienta;
¡Á quien de ella pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.

III.

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido
Sin hallar sitio en la atmósfera,
Que asaltada por la lluvia
Entre la lluvia se ahoga;
Y tanta gala los cielos
Ostentan cuando la acosan
Que con mundos de cristal
La bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara
Que acaso por pecadora
La castiga y ver no quiere
Los males con que la azota.
Cerróse en agua, y con ella
Cerró su misericordia;
Vendó con nieblas sus ojos,
Y su clemencia hizo sorda
Por no ver al rey Hazém

Que en medio la gente mora
Amarra dos mil cristianos
Al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
Sobre una yegua de Córdoba
Con la crin hasta el estribo,
Y hasta la tierra la cola:
Y como el cielo la empapa
En las aguas que la mojan,
La cola y la crin parecen
De espumas, algas, y esponjas.
La plaza cercan los moros
Donde dos á dos arrojan
Los cristianos que cautivan,
Los cautivos que sollozan.
Allí mugeres y ancianos,
Allí vírgenes y esposas
Juntan á golpes y á gritos
Entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
Á todos por mas deshonra
Hasta el centro de la plaza,
Donde á la intemperie opongan
La desnudez de las carnes,
Su temblor y sus congojas;
Y á los ojos de los moros
Los defectos de las formas
Ó las castas perfecciones,
Que con torpes ojos hozan.
El noble rostro hácia el suelo
Los tristes vencidos tornan,
Por ocultar en los ojos
Las lágrimas con que lloran:
Que la libertad perdida

Sin infámia nos agobia,
Pero mata y avergüenza
Perder libertad y honra.
Caíales por los hombros
El agua, porque furiosas
En su cabeza las nubes
Reventadas se desploman;
Que cuando al fin Dios castiga
Muestra su justicia toda,
Pues la maldad de los hombres
Toda su clemencia agota.
Mandó Hazém que los cristianos
Guardados por buena escolta
Vayan delante á Granada
Por la vereda mas corta;
Mas viendo que los ancianos
Y los enfermos le estorban,
Á su guardia de Gomeles
Dijo impaciente en voz ronca:
"Llegarán los que llegaren,
»Los mozos á las mazmorras,
»Las muchachas al serrallo
»Y los viejos á la horca."

Preparan los granadinos
Bohordos en Vibarrambla
Torneos para los nobles,
Para el pueblo luminarias.
Cuelgan de púrpura y blanco
Miradores y ventanas,
Y el populacho á las puertas
Al rey impaciente aguarda.
En la vega estan los ojos
Y en la via de Zahara,
Que el rey envió corredores
Á decir que está ganada.
Añafiles y atabales
Por honra y por fiesta sacan,
Y en corros moros y moras
Gritando y riendo saltan.
"Viva el rey," dicen algunos,
Y otros gritan: "muera Zahara;'
Y todos á los vencidos
Insultan, mofan é infaman:
Que siempre quien vence grita
Porque los vencidos callan,
Porque las lenguas se sueltan
Donde las manos se atan:
Porque la risa provoca
Tal vez la agena desgracia,
Y al que nace desdichado
Hasta compasion le falta;
Que quien cae pone á los otros
Para que pasen la espalda,
Y maldicion es que lloren
Algunos lo que otros cantan.
Asi ondean los pendones
En las torres de la Alhambra;

Asi Granada la bella
Se viste imbécil de gala
Cantando hoy loca las glorias
Que ha de maldecir mañana.
Venir se ven los cautivos
Entre la neblina parda
Á pasos descompasados
Como los cautivos andan:
Que como el alma les pesa
Asi les tiembla la planta.
Delante y detras los moros
Y por los lados los guardan
Los alfanges en la diestra,
Los broqueles á la espalda.
Siguen despues los ginetes
Y nobles con el monarca,
Los lanzones en la cuja,
En el arzon las adargas;
Mostrando bien los caballos
En su perezosa marcha
La fatiga del camino,
Lo largo de la jornada;
Que traen el arnés mohoso,
Deslucidas las gualdrapas;
Hasta las crines el lodo,
Desdes las crines el agua.
Cuando á la puerta de Elvira
Los zahareños llegaban
Cantaba el pueblo su triunfo
Con vítores y algazara.
Aplaudian con las manos,
Con panderos y sonajas,
Al son de los duros hierros
Que los otros arrastraban.

Cesó de pronto el aplauso,
Susurraron en voz baja
Palabras que nadie oía,
Pero todos murmuraban.
Ojos habia en la turba
Oscurecidos con lágrimas,
Y ojos que con luz sombría
Para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
Los prisioneros entraban,
Ancianos, madres y niños
Entre broqueles y lanzas,
Sin respeto á su inocencia,
Á su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
Traían desesperadas
En los maternales brazos
Y en los brazos de su alma.
Movidos á compasion
Los moros de pena tanta
Sus ojos de los cautivos
Indignados apartaban.
Las madres libres llorando
Atropellando los guardias,
Á las cristianas cautivas
Sus propias telas regalan,
Y parten los alimentos
Que á los moros preparaban,
Entre los tristes esclavos
Que los devoran con ansia.
Algunos mas altaneros
Acaso los rehusaban,
Que el pan de la esclavitud
Entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazém
En los estribos de plata
Viendo la piedad del pueblo
Y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
Le eche su crueldad en cara,
Atropelló con su yegua
Por la turba aglomerada,
Dividiendo asi los moros
Y los esclavos de Zahara.
"¡Adelante!" gritó airado
Con la voz ronca de rabia;
"Todos son esclavos mios,
Al serallo las muchachas,
Los mozos á las mazmorras
Donde mas á luz no salgan,
Y los viejos que los maten,
Pues no me sirven de nada."
Calló el pueblo amedrentado,
Obedecieron los guardias,
Y el rey subió con los nobles
Á toda rienda á la Alhambra.

IV.

Sentado está el rey Hazém
En un morisco almohadon,
Y muchos moros se ven
Cruzar el ancho salon
Para darle el parabien.
Á las puertas, reverentes
Delante su rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miráran.
Mirra y esencias de flores
Arden en pebetes de oro,
Y el sol de los miradores
Anubla el humo de olores
Que avaro respira el moro.
El aire colman de ruido
Dos frentes azafranadas,
Y en su murmullo perdido
Se oye el trinar dolorido
De las aves enjauladas.
Porque en nichos de cristal
Cerradas las hay tan bellas
En la bóveda oriental,
Que el aire parece mal
Solo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley
Y viéndolas suspiró —
"En vano me llaman rey,"
Dijo, "si como ellos yo
»Esclavo soy de mi ley.
»Que penan ellas asi
»En ese encierro imagino;
»Mas ellas placen ahí,
»Y en eso quiso el destino
»Diferenciarlas de mí."
Volvió con tal pensamiento
Á suspirar otra vez,
Bajó el rostro macilento,
Pero repuesto al momento,
Demandó con altivez.
"¿Los cristianos qué se hicieron?"—
—En las mazmorras estan
En cadenas, respondieron.
—"¿Los condenados murieron?"
—Si no han muerto morirán.
Volvió el rey á meditar
De los suyos recelando,
Y siguieron á la par
Las fuentes su susurrar
Y los pájaros cantando.
—"Alá nos dió la victoria,"
Siguió el rey: "¿qué dicen de ella?"
Todos callaron: "fue gloria
Ganarles villa tan bella."—
Tendránlo á fé en la memoria.
Harto el rey Hazém hablo;
Los cortesanos callaron,
Que el pueblo indignado vió
Que los cautivos entraron

Como perros que él ató.
  Y los moros presentian
Que la tregua quebrantada,
Los cristianos entrarian
Por las vegas de Granada
Y á Zahara no olvidarian.
  Por eso ante el rey estaba
La turba sin contestar,
Que mal con su rey andaba
Desque vido que mandaba
Á los viejos degollar.
  Callaba Muley Hazém,
Sin hallar paso mejor;
Que sabe el príncipe bien
Que sangre mancha tambien
El laurel del vencedor.
  Corrian entrambas fuentes,
Trinaban los ruiseñores,
Y el sol en ambas corrientes
Sus rayos mas transparentes
Deshacia en mil colores.
  Los vidrios de las ventanas,
Dando contornos á sus sombras,
Estampan las formas vanas
De sus historias livianas
En las moriscas alfombras.
  El silencio á interrumpir
Vino una voz de dolor:
"Preparaos á morir"
Se oía á gritos decir
Á un hombre en un corredor.
  Todos el rostro tornaron
Impacientes á la entrada,
Y repetir escucharon:

"Tus glorias se marchitaron;
» ¡Ay de tí, bella Granada!"
Entró el hombre en el salon
De musulmanes cercado:
Érase el tal un santon
Que vivia en la oracion
Del tumulto retirado.
Pasó la noche corriendo
Gritando en la oscuridad:—
"Granada, los estoy viendo:
» ¡Ay de la hermosa ciudad,
» Tus muros estan cayendo!"
Los moros viéndole entrar
Delante se le inclinaron,
Y él seguió en su predicar:—
"Los estoy viendo llegar
» Y vuestros dias contaron!
» ¡Ay de tí! la desdichada
» Ciudad reina de ciudades,
» Por el cimiento horadada,
» Los cielos en tí, Granada,
» Lloverán calamidades.
» Es en vano resistir:
» ¡Ay de tí, reina de oriente!
» Alá te manda morir,
» Los estoy viendo venir;
» ¡Ay ciudad! ¡ay de tu gente!"
Harto ya Hazém de escucharle
Furioso le preguntó:—
¿Quién eres? Sin contestarle
Gritando el santon siguió,
Y el rey volvió á preguntarle:
"Enviado soy de mi Dios,"
Dijo el moro, "y dióme el cielo

Un mensage para vos."
Y el rey: — "Pues ve que en el suelo
»No hay mas oidos que dos."
Siguió entonces el santon
Muy loco ó muy confiado
Su doliente relacion,
Con el monarca encarado
Y á guisa de inspiracion.
"La tregua está quebrantada.
»Y á muerte al traidor sujeta.
»¡Ay de tí, bella Granada,
»Cayó en tí, desventurada,
»La maldicion del profeta!
»Borrada tu suerte hallé
»Del pensamiento divino;
»Por tí, ciudad, mucho oré,
»Y para leer tu destino
»Hasta el cielo penetré."
Oyóle Hazém un momento,
Y enfurecido ademas,
Dijo, dejando su asiento:
"¡Quien leyó en el firmamento
»No puede llegar á mas!"
La turba ve estremecida
La rabia del rey, y calla,
Y el rey dijo á su salida: —
"Quitad á ese hombre la vida
»En lo alto de la muralla.
»Cuando vengan los cristianos,
Siguió, volviendo á los moros,
»Lanzas teneis en las manos,
»Cerrad con ellos, villanos,
»Como cerrais con los toros."

Á LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

del Liceo.

Noviembre de 1837.

I.

Allí está lo que el mundo llama mundo
Arrastrándose imbécil por la tierra,
Ese reptil raquítico é inmundo
Que en el sepulcro su ambicion encierra.
Allí está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.
Vestido está de alcázares y escudos;
Mas torpe esclavo de egoistas leyes
Lleva sus pueblos á danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.
¡Vano placer! ¡quimérica algazara!
¡Flor de una aurora, sola y pasagera...!
De cerca un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,
Las mugeres de alli no son mugeres,
Ellos cubren su nada con sus nombres,
Y ellas no tienen mas que sus placeres.
Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Su ángel de hinojos con vergüenza doble
Señor, contestará, *¡las han perdido!*
Autómatas que viven porque viven,
Hoy al rumor de estrepitosa orquesta
El ageno renombre que reciben
Llevan como sus padres á una fiesta.
Contentos con sus vanos oropeles
Atraillando al cuerpo el pensamiento,
De un heredado nombre hacen laureles,
Gloria y valor del alto nacimiento.
Cielo es para ellos el azul que miran,
Es la tierra un inmenso anfiteatro,
Y ellos que en esa atmósfera respiran
Los actores tal vez de ese teatro.
Y en tanto que en sus necias pantomimas
Se gozan y en estúpidos placeres,
Canta el poeta en gigantescas rimas
El ser tremendo que abortó los seres.
Pinta el pintor el cielo y los colores
Arrebata la luz al mediodia,
Y el músico á los vientos bramadores,
Á las aves y fuentes la armonía.
Hijo de rey, conquista su corona,
Hijo de Dios, como su Dios concibe,
Que con sus obras su nobleza abona,
Y no infama su estirpe mientras vive.
Noble es el grande y grande es el valiente,
Quien por ser como Dios, como Dios crea,

Ese es el noble que alzará la frente
Trepando al sol hasta que sol se crea.
Ese á la tumba bajará ignorado,
Ese en la tierra vivirá mendigo,
Á ese nada los hombres le hemos dado,
Su padre que fue Dios será su amigo.
Y cuando él, que le dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirále el angel con orgullo doble
Hombre le hicistes, angel le he traido.

Es grande quien nace esclavo
Y baja al sepulcro rey,
Cambiando altivo en diadema
Los hierros que atan sus pies.
Es grande el hombre de polvo
Que meditando en su ser
Del sol envidia los rayos
Por brillar tanto como él.
Quien en un cuerpo mezquino
Un alma gigante ve,
Y hacer lo que Dios pretende
Porque hijo de Dios se cree.
Quien sintiéndose con alas
Se arroja el viento á romper
Y va osado á las estrellas
Á preguntarlas *quién es.*
Ese es el grande y el noble,
Ese es el hombre por quien

Hizo un Dios en siete dias
Del cielo un ancho dosel,
De toda la tierra un trono,
De una existencia un placer,
Del sol una eterna hoguera,
Y apenas el hombre fue,
Tendió el mar en la llanura
Por alfombra de sus pies.
No es noble ¡viven los cielos!
Quien muestra un viejo broquel,
Por sus abuelos ganado,
Que derribando á cercen
La cabeza de algun moro
Le hicieron suyo despues,
Dividiéndole en cuarteles
Los heraldos para él.
No es noble quien pasa el dia
Encerrado en un harem
Entre eunucos y mugeres
Como impúdica muger,
Guardando del sol la frente,
Y de la arena los pies,
Con un altar y un serrallo
Y el alma estéril sin fé.
No es noble quien cuenta ufano
En su alcázar cinco, diez,
Veinte nombres en hilera
Colgados en la pared,
Al pie de veinte retratos
De veinte nobles como él.
No son la virtud y el genio
Cetro y corona de rey,
Ni se heredan como escudos,
Que el oro compra tambien.

Los escudos enmohecen,
Los tronos pueden caer,
Pero la virtud y el genio
Se levantan de una vez,
Eternos como su estirpe
Que solo Dios les da el ser.

II.

Nobles al cielo subireis vosotros
Con esa gloria que buscais inquietos,
Y aqui en la tierra dejarán los otros
Sus armas, y detras sus esqueletos.
Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
Porque el placer del mundo y su memoria
Llega á la tumba y en la tumba acaba.
Ellos la suya comprarán con oro
Porque su marmól su nobleza abona,
La vuestra en vez de mundanal decoro
Solo un nombre tendrá y una corona.
En ella colgarán vuestros laureles
Porque duerma tranquila la cabeza,
Y al pie pondrán el arpa y los pinceles
Que al mundo contarán vuestra nobleza.
Vuestra nobleza, mágicos pintores
Que de la creacion rasgando el velo
Formais como Jehová luz y colores
Para vestir la lobreguez del suelo.
Él ocultó la voz de la armonía
En el torrente y en la selva en vano,

Alli, músicos, fue vuestra osadía
Á sorprenderla con robusta mano.
Alzáronse al Señor templos y altares,
Y alli fueron poetas y pintores,
Vosotros le ensalzásteis con cantares
Porque os dieron su voz los ruiseñores.
Los ángeles le cantan en el cielo,
Y le cantais vosotros en la tierra,
Mientras de hinojos en el sacro suelo
Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.
Un solo libro nuestra iglesia tiene
Que poetas cantaron y escribieron...
Ó al alma Dios de los poetas viene,
Ó ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
Cruceis el desierto mundo,
Sin corona y sin blasones
Que doren el nombre oscuro:
Que ley es morir mañana
Que á todos Dios nos impuso,
Y despues de vuestra muerte
Cercarán vuestro sepulcro
Los que aborrecen en vida,
Y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
En torno un toro robusto
Que yace rendido en tierra
Acogotado entre muchos.

Los que aman oro en la tierra
Y de sus honras el humo,
Ladran á los pies del genio
Sin que sus gritos agudos
Al tocar en sus oidos
Turben la paz de su orgullo.
Y si á envidiar van sus rayos
En derredor de su túmulo,
No temais, no, para entonces,
Porque sus ojos confusos
Si osan mirar vuestra lumbre
Han de cegar á su impulso.
Pues aunque á despecho brille
Del alma imbécil de muchos,
Ocultarla podrán todos,
Pero apagarla ninguno.

EL AMOR Y EL AGUA.

El Amor.

—"Pues en tí, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales;
Deja, fuente, que los mios
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen:
Porque si sueltos dejara
Entrambos á dos raudales
Pusieran fuego á la tierra
Segun al verterlas arden.
Y al menos como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales
Had reflejando mi duelo
Que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra

Porque yo mismo me engañe
Pensando que lloran dos
Uno en mí, y otro en mi imagen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuánto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas
Por traicion ó por desaire
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que llorando en ellas
Que salga al jardin aguarde
Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase,
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante
Que porque no la dé en ojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando hácia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale
Cuando yo mire tus ondas
Tus ondas me la retraten.
Asi á tu blando murmullo
Enagenadas las aves,
Á compas del agua trinen
Enamorados compases;
Asi juguetonas vengan
En tu corriente á bañarse
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan

Que cuando el sol se levante
Piense que en vez de rocío
Las nubes lloraron aves.
Asi te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Asi en tí las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfia
En tus bordes á millares;
Y asi cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes
Á gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde:
Y partiéndolas en hebras
Cuando como espejos salen
Las rice, columpie y trence
Suelto y revoltoso el aire."—

El Agua.

—"Bien pensé, amor, que eras loco,
Mas no que tan loco fueses
Que buscaras en mis ondas
Tus hermosuras rebeldes.
Si las hermosas se miran
En el cristal de las fuentes
Es porque el perfil se borra
Cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
Sus imágenes perennes
Por zelos de aquella copia
No se asomaran á verse.
Vano consuelo es que quieras
Ver la tuya en mi corriente
Para que viendo tu sombra
Con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
Que tus turbios ojos vierten,
Tal hará que hierva el agua
Que tu sombra no refleje.
Mas si al jardin como dices
Por tu ventura saliere,

Que la has de volver la espalda
Si te lo persuades, mientes.
Que ó por postrarte á sus plantas
Ó porque mejor te viere
Iraste loco tras ella
Aunque de verte la pese:
Y si te pinto su imagen
En mis aguas transparentes,
Acaso en tu desvarío
Tanto por ella te ciegues,
Que para abrazarla osado
Por mis ondas atropelles,
Confundiendo ambos retratos
Con barros, algas y peces.
No estrañes que tal te diga,
Amor, si oirme te ofende
Que segun lo que deliras
No es estraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
De mi compasion me ofreces
Que sol, aves, hojas, flores,
Amorosas me requiebren,
Que aunque tú no lo mandaras
En esto ellas te obedecen:
Pues si las aves me trinan
Es porque mis aguas beben;
Si los árboles me arrullan
Es porque yo les remede;
Si las flores me embalsaman
Porque mis aguas las rieguen;
Y si el sol me tornasola
Es porque yo le refleje,
Y el aire es tan galan mio
Que imposible me parece

Que ondular puedan mis hebras
Sin que blando me las bese,
Y revoltoso jugando
Las rice, columpie y trence." —

A la muerte de...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
Sin oir las palabras de un amigo?
Si al menos ¡ay! los dias que me restan
Bajo la húmeda losa
Pasara yo contigo!
Yo cubriria con mi cuerpo el tuyo
Cuando la lluvia fria penetrara
La piedra que te oculta de mis ojos,
Y el cierzo de la noche
Tus sienes no tocara.
Y mis manos la yerba arrancarian
Que creciera en la tumba abandonada,
Y alejaria el fétido gusano
Que se arrastrara hambriento
Con su sorda pisada.
Mas tú ¡alma mia! por tus rubias trenzas
Bullir le sentirás y por tu frente
Sin poder rechazarle, mientra el hombre
Contemplará tu tumba
Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas
Velando el difunto cuerpo
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin asi descansaras
Bajo el pabellon del cielo
Sin que el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro...!
Mas ¡ay! que vendrán los hombres
Falsas plegarias mintiendo
Todos los años un dia
Á visitar vuestro lecho.
Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas,
No á daros santos consuelos
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos,
No á reconocer su nada
En los despojos del tiempo,
No á ver lo que sois vosotros
Para ver lo que son ellos:

Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de marmol y oro,
Cuyo cortinage espeso
Robando al cristal las luces
Impide que á sus reflejos
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No: que vendrán á deciros
Que han mentido en otro tiempo
Cuando al daros un sepulcro,
"*Dormid en paz*," os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha
Detras de ese cielo azul
Donde irán, paloma mia,
Los que mueren como tú.
Alli vivireis tranquilos
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud.
En pabellones de estrellas,
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos
De la desdicha comun;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataud
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien
Del bello jardin de Edem
¡Ó purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de alelí
Que te formen para tí
Los ángeles del Señor,
Y en un porvenir risueño
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oido
Susurrando mansamente
De alguna encubierta fuente
El misterioso ruido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz
Con su armonía fugaz
Algun lejano laud;
Y por tu mente resbale
Aërea ilusion que iguale
De blanca luna que sale
Á la transparente luz.

Mientra en brazos del destino
En las tinieblas que estoy

Á ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mias
Como turbias ondas frias,
Que en sus revoltosos dias
Sañudo invierno formó:
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desparece
Flor que en la nieve brotó.

La Orgía.

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo,
Cansado ya del cielo
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas,
En torno á las botellas
Venid á delirar.
Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor.
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo indiferente
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,

Dejad los oropeles
Que vano os prestó ayer.
  Dejad de esa comedia
El torpe fingimiento,
Ahogad el preso aliento
Con larga libacion.
La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna
Envolverá la luna
En tocas de crespon.
  ¡Oh! lejos de los ojos
De la curiosa plebe
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Edem;
El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica
Perfuma nuestra sien.
  Los labios desfrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorumpen sin cesar.
La lumbre de los ojos
Inquieta y licenciosa
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar.
  Venid á los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mugeres
Atesoró el placer.
Venid, niñas, sin cuitas
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.

Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor,
Vereis cómo insensata
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.
Entonces en la sombra
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán,
Y en cada marco de oro
Cerradas las pinturas
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.
Entonces cada lámpara
Parodiará una hoguera
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcon la luna
Parecerá una estrella
Donde arde una centella
Del fúlgido farol.
Cada sonoro brindis
De la animada fiesta
Nos fingirá una orquesta
De mágica ilusion:
Un eco misterioso
Sin canto, ni instrumento,
Que irá con el aliento
A dar al corazon.
De cada ardiente beso
El lúbrico estallido

Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal,
Como reló deshecho
Que sin marcar las horas
Sacude las sonoras
Campanas de metal.
El mundo duerme, niñas,
Bebamos y cantemos,
Que mas no sacaremos
Del mundo engañador;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen liberales
La luz de vuestra tez:
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.
Y las de negros ojos
Que ostenten su mirada
Altiva, enamorada,
Con infernal pasion,
Y las rubias ostenten
Sin máscaras de tules
Las pupilas azules,
Y rojo el corazon.
La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El dia nos sorprende,
Va el mundo á despertar.

¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el dia
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!

El canto de los Piratas.

Traduccion de Victor Hugo.

¡Alerte! ¡alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le detroit
Le captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el harem reclutamos.
¡Al mar! ¡al mar! marineros,
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar.—
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un harem un convento.
Os haremos mahometana
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desperada quiso.
—¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó.—Es preciso,
La contestó el capitan.—
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fue vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecian
Sus ojos un talisman,
Mil cequíes bien valian,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

ORIENTAL.

De la luna á los reflejos
Á lo lejos
Árabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate oscura
Del muro el lóbrego pie.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el rio
Dando al oido solaz,
Y en los juncos y espadañas
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.
Se abre en la arena amarilla
De la orilla
Vertiendo aroma la flor,
Y las plumas de colores
En las flores
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas
Peregrinas
El rocío su cristal,

Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreon,
Está en la árabe ventana
La sultana
Murmurando una cancion.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde
Al fin le pierde
Con la ráfaga veloz.
Y al compas de su garganta
Raudo canta
Contestando el colorin,
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardin.
Y al rumor de dulce trino
Peregrino
De arpa, bella, y ruiseñor,
Oido prestan atento
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Asi la mora decia,
Y respondia
En la rama el colorin,
Y esto el moro la escuchaba
Que velaba
Receloso en el jardin.
"Danme el ánima de un moro,

»Perlas y oro,
»Y coronas en la sien;
»Dime, flor, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harem!
»Danme chales los califas
»Y alcatifas,
»Y guirnaldas en la sien;
»Dime, huerto, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harem!
»Danme baños y festines
»Y jardines
»Que me mienten el Edem;
»Dime, rio, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harem!
»Transparentes como espuma
»Danme plumas,
»Y atan velos á mi sien;
»Ruiseñor, dí á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harem!
»Nada al fin que les dé enojos
»Ven mis ojos,
»Nada que arrugue mi sien;
»Dime, luna, á mi ventura
»Y hermosura
»Lo que falta en el harem!"
Llegaba aqui, y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó:
Á su lado en la ventana
La sultana

Con el sultan se topó.
« Tienes torres, dijo el moro,
» Perlas y oro
» Y guirnaldas en la sien;
» Dime, hermosa, á tu ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem.
» ¿Qué hay en el huerto sombrío,
» Y en el rio,
» Y en el ave y en la flor,
» Que al rayar el claro dia
» ¡Vida mia!
» No te traiga tu señor?
» Dí, ¿qué falta á tu belleza,
» Á tu riqueza
» Ó á tu loca voluntad? » —
— « Señor, esos ruiseñores
» En las flores
» Tienen *aire y libertad.* »

LA PLEGARIA.

Hélos al pie de la cruz
En oracion reverente;
La virtud brilla en su frente
Como la primera luz
Del sol que alumbra en Oriente.
Niños tal vez desvalidos
Que pasan desconocidos,
Con la inocencia en el alma,
Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.
Ángeles acaso son
Que el mundo sin conocer
Llevan en el corazon
Una sublime oracion
Y las virtudes de ayer.
Sus ojos ven solamente
Á través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.
Ven en el alba colores

Y en el llano yerba y flores,
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.
Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
Ó entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.
Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aërea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.
Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.
Sabe ella que es virgen bella,
Y él un angel hechicero,
Porque no dudan él ni ella,
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.
Mas ¡ay! que del pedestal
Á la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.
Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dólor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al angel — *hermosa*!

Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.
Asi incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oracion
Con imágenes mundanas!
¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?
No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.

LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,
Tengo oidos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta,
Y corazon que no pulsa.

CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los pies tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos cariñosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y asi contentos á vivir salimos
Solo porque ignoramos que vivimos.
Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,

Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellon del cielo.
La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, facil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.
Cercada de fantasmas halagüeños
Alli la ardiente juventud habita
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.
En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles
Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles:
Y en campos de placer resbaladizos
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Donde yacen en blandos almohadones
Impúdicas rameras las pasiones.
Alli estan los fantásticos espejos
Que mienten la ilusion de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mugeres.

El ánima inocente todavía
Virtud creyendo el cenagal del vicio
Se lanza en pós de tan brillante dia
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada via
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardin de flores peregrinas
Era el reló no mas de las espinas.

¡Juventud! ¡facil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con raquíticos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer!
Ojos nos das y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,

Que es falso cuanto crëemos
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusion,
¡Tú doras tus arreboles
Con lumbre de mil faroles,
Y llamas osada soles
Á lo que pavesas son!
Soñando á vivir venimos,
Pero en tu region vacía
Cuantos mas dias vivimos
Soñamos mas cada dia.
Te sueña la pasion loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razon te toca
Maldice tus oropeles.
La pasion juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo,
La razon te rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuantó bien el hombre alcanza,
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.
Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores...
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.
Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.
Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades.
La fé del ánima espinas,
Y espina el amor del hombre,
Mentiras son mas divinas
Con mas hechicero nombre.
Y si espinas solamente
Son virtud, ciencia y amor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?

Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¡Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece!
Pues si espinas son tus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores
Una mientes y otra eres
Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas?

La Amapola.

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor:
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un á Dios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire

La ruda y salvage voz,
Sin tallo que te sostenga
Cuando á la lumbre del sol
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbion;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color
Que me pareces tostada
Al calor de un corazon,
Bien puedes ser mensagera
De un enamorado á Dios:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follage ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de afliccion
Mas razon no se me alcanza
Que tu solitario amor.

Porque espuesta al rudo viento
Y á la interperie olvidada
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.
Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendabal que te orea
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni como el tronco te escala
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.
Ni como el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropage campesino.
Y pues sé, triste amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;
Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aqui,
Y en tí no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi;
En tu caliz dejo preso
Un ósculo y un á Dios;
Si te agobia tanto peso
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A mi amigo el artista

Don Julian Romen.

I.

La noche sobre el mundo desplomada
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la transparente luna.

À la amarilla luz con que ilumina
Cobíjase la sombra en los rincones;
Y rellejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duérme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pie de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme,
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun dia
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento como ramas desgajadas
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afan de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
Á buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, toças azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta
Espiró mi cantar, rompí mi lira;
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me fingí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vacila...
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos -
Ni revelarla osó ninguń poeta:
¡Oh! ven, que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Óyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacífico retiro
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,
Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamas:
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos detras.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni angel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad:

Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente
La mantienen en la mente
Sin hacérnosla mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber que piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellon de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que en el oido no oiría,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oido oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisages
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oimos coros y orquestas
Y suspirar y reir;
Sentimos rios que corren,
Vistosas aves que vuelan,
Manantiales que rielan
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oimos de sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonrien pasageras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;

:

Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celages
Cercano á desparecer.

Y oimos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazon abatido
Que dentro velando está
Como un reló cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
Ni dormimos, ni velamos,
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalemos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros pies.

No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve á vida,
Y allá en la mente escondida
Se levanta una creacion.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiracion.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcan en su lengua,
Y un volcan en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Para su aborto alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderon llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser carcel de los dos,

Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pós de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada estan seguros
De su ímpetu creador.

Á su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
Á su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maiquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiracion,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazon.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son alli menos que tú;

Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

Un recuerdo del Arlanza.

Rio Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,
Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreon
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparicion.

Acaso tú, rio Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuánto afan compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ageno
En la ribera llorando.

Tú, rio, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro rio,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes como en el mio
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué estraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caidos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se pára
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Alli, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh rio! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreon,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñon.*

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh rio! en caridad
Si de ese fantasma al pie
Una afligida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu margen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, rio, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh rio!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mio,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la margen del Arlanza...!
¿Qué aguardas, hermosa, dí,
Sin consuelo, ni esperanza,
Tan acongojada aqui?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las ondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar!

Ni por mas que tu amargura
En son de queja las cuentes,
Á la falda de esa altura
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque agenas de tu afan
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;
Y nunca mas volverán
Aunque tú quedes llorando!

Ni pienses que has de venir
Á contarme el desconsuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los rios furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fue
Hoy vemos informe ruina
Por mas que el grosero pie
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento
Demándale, niña, al viento
Si fue carcel ó palacio.

Demándale al claro rio
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual arbol de un cementerio
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escoger le llamaron
Entre morir ó reinar;
Los que ayer le coronaron
Su venia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
Á las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan fragil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ¡Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he fingido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compas del arpa loca
Alegre y báquico acento
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

Á BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

Tradicion de Toledo.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura

De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus pies pasando
Con pardas ondas la arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca,
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios

La luz que dentro le alumbra:
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó asi tan largo tiempo
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
¿Quien va? — y á corta distancia
El igual compas se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde: — Un hidalgo: ¡calle!
Y el paso el bruto apresura.
— Téngase el hidalgo, — el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved mas bien si me hareis calle,
Repusieron con mesura,
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Iban de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone: —
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el ginete á una puerta
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon

Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave pidiendo
Á sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detras la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcon
Como quien tal acostumbra
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Iban de Acuña,
Y huyeron en el embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible, y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales
Como en prendas de que el rio
Tan afanosa la bañe.

Á lo lejos en la vega
Tiende galan por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropage,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aqui se bañó la hermosa
Por quien dejó su rey culpable
Amor, fama, reino y vida,
En manos de musulmanes.
Alli recibió Galiana
Á su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Mas lejos se ve al castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
Á este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra
Que político y constante

Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres,
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales.
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambron y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Hácia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monges
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.

Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una muger tambien sola
Se viene el llano adelante
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella galanterías
Dejando severa aparte
Asi al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave.

—"Abreviemos de razones,
Diego Martinez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y asi quien mancha mi honra

Con la suya me la lave;
Ó dadme mano de esposo,
Ó libre de vos dejadme."—

Miróla Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
—"Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen."
—Júralo,—esclamó la niña.
—Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.—
—Jurarlo, Diego, ó dejarme.—
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dálo por jurado y baste.—
—No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes.—
—¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes?—
—Que á los pies de aquella imagen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante."—

Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero

En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre
Á quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martinez
Los sagrados pies tocase,
Preguntóle:
—Diego, ¿juras
Á tu vuelta desposarme? —
Contestó el mozo:
—¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado habia,
Mas de Flandes no volvia
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los pies
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venia
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvia.

Y siempre al anochecer
Sin dueña y sin escudero
En un manto una muger
El campo salia á ver
Al alto del *miradero*.

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abrume
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en zelos
Que abrasan el corazon.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan fragil realidad
Quien espera desespera.

Asi Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondia,
Que la lengua le tenia
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flandes tornaron
Á sus tierras á vivir.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvia.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
Tornasolada la escama
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
Á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreon se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Asi la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y asi la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

Á lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del terreon,
Y llegando recelosa
Á las puertas del Cambron
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazon.

Tan galan como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido,
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
Dijo: — ¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es! —

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que mas voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente
Diciendo: —¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitan
Á su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Asi por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
Á Flandes partió Martinez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y azañas
Alli capitan le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitan de lanceros.
Y otro no fue que Martinez
Quien ha poco entró en Toledo
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirije
Cobrado el conocimiento

La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que hoy Diego Martinez
Es el capitan Don Diego,
Ni se hablanda á sus caricias
Ni cura de sus lamentos,
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto mas ella importuna
Está Martinez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitan Don Diego
No ha ser Diego Martinez
Como lo era en otro tiempo.
Y asi llamando á su gente
De amor y piedad ageno
Mandóles que á Inés llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo
Asi habló el rostro lloroso
Hácia Martinez volviendo:

—"Contigo se fue mi honra,
Conmigo tu juramento,
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos."—

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
Á pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazon.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está como presidente
Del tribunal superior
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillon
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelacion.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,

Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropon,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.
Una muger en tal punto
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon
Diciendo á gritos: — ¡Justicia,
Jueces, justicia, señor! —
Y á los pies se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don pedro
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó
Diciendo:
— ¿Muger, qué quieres? —
— Quiero justicia, señor. —
— ¿De qué? —
— De una prenda hurtada. —
— ¿Qué prenda? —
— Mi corazon. —
— ¿Tú le diste? —

—Le presté.—
—¿Y no te le han vuelto?—
—No.—
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno.—
—¿Y promesa?—
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.—
—¿Quién es él?—
—Diego Martinez.—
—¿Noble?—
—Y capitan, señor.—
—Presentadme al capitan,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero levantando
El tapiz en alta voz,
Dijo:—El capitan Don Diego.—
Y entró luego en el salon
Diego Martinez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitan Don Diego,
Díjole Don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martinez:
—Yo soy.—
—¿Conoceis á esta muchacha?—
—Ha tres años, salvo error.—
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?—

— No. —
—¿ Jurais no haberlo jurado? —
—Sí juro. —
— Pues id con Dios. —
— ¡Miente! — clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
— Muger, ¡piensa lo que dices! —
— Digo que miente, juró. —
— ¿Tienes testigos? —
— Ninguno. —
— Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestro honor. —

Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó.
— Llamadle, tengo un testigo.
¡ Llamadle otra vez, señor! —
Volvió el capitan Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
— Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon. —
— ¿Quién? —
— Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba. —
— ¿ Estaba en algun balcon? —
— No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró. —
— ¿ Luego es muerto? —

—No, que vive. —
— Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fue? —
— El Cristo de la Vega,
Á cuya faz perjuró. —
Pusierónse en pie los Jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

—"La ley es ley para todos;
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomareis declaracion.

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al dia cantan.
Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias:
Y detras monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,

Cada cual comentariando
El caso segundo le cuadra.
Entre ellos está Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñona,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme,
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron alli en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hácia la severa imagen
Un notario se adelanta
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
Á un lado tiene á Martinez,
Á otro lado á Inés de Vargas,

Detras al gobernador
Con sus jueces y sus guardias,
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada
El notario á Jesucristo
Asi demandó en voz alta:

—"*Jesus, Hijo de María,*
»*Ante nos esta mañana*
»*Citado como testigo*
»*Por boca de Inés de Vargas,*
»*¿Jurais ser cierto que un dia*
»*Á vuestras divinas plantas*
»*Juró á Inés Diego Martinez*
»*Por su muger desposarla?*"—
Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires—*¡Sí* JURO*!*—
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen Santa...
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada!

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada un año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

FIN.

Con el objeto de evitar la confusion de notas, epígrafes y advertencias en algunas composiciones escritas en circunstancias determinadas, se ponen en este lugar para que el lector no las eche de menos.

La paráfrasi del *Dies irae* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

El acreditado artista Don José Gutierrez pintó en el Liceo Artístico una bellísima Dolorosa, que inspiró al autor de estas poesías la composicion que lleva por epígrafe *La Virgen al pie de la Cruz*. Inútil es por consiguiente decir que está dedicada al autor del cuadro.

La sorpresa de Zahara. Por haberse publicado esta composion en el periódico *El Español* tal como está, no ha hecho el autor en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

La Plegaria se publicó en el *No me olvides* acompañada de una estampa del Señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

En el tomo primero, página 29, entre los versos catorce y quince faltan estos ocho:

No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusion.
  Para tí no habia tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No habia infierno de amores
Ni fastidio del placer. —
Un poeta...

Se halla en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas; y en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

SHELF No.....

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

Central Department, Boylston Street.

One volume allowed at a time, and obtained only by card; to be kept 14 days without fine; to be renewed only before incurring the fine; to be reclaimed by messenger after 21 days, who will collect 20 cents, beside fine of 2 cents a day, including Sundays and holidays; not to be lent out of the borrower's household, and not to be kept by transfers more than one month; to be returned at this Hall.

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any notice, to or from the Library, through the mail.

The record below must not be made or altered by borrower.